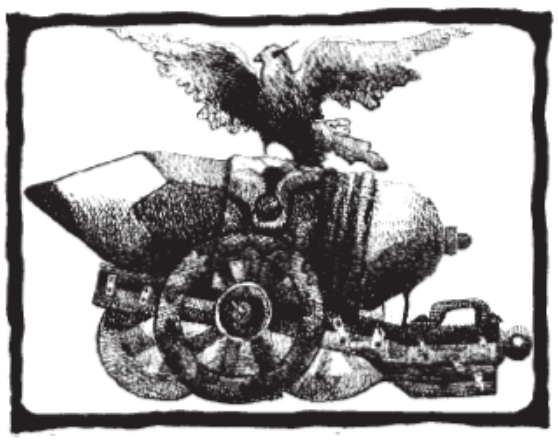
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

62

Enero/Febrero

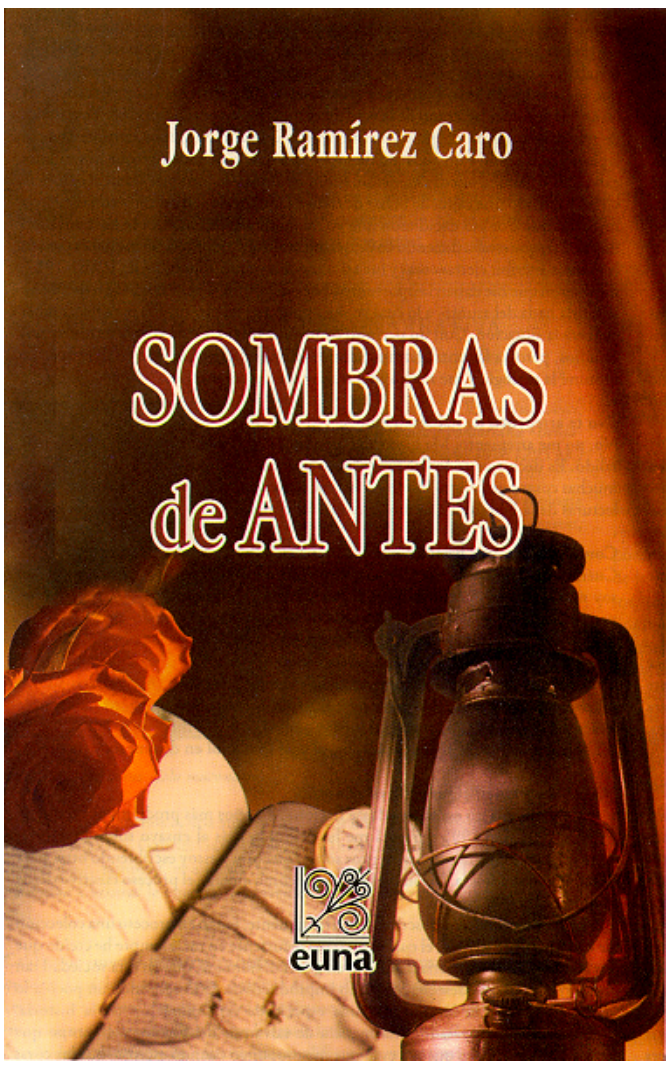
2000

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Un libro sobre la nostalgia. Entrevista a Jorge Ramírez Caro.

Rafael Cuevas Molina



La Editorial EUNA publico el libro Sombras de antes, de Jorge Ramírez Caro en el mes de octubre de 1998, obra ganadora del Certamen Una-Palabra, de la Universidad Nacional, en el año 1998.

Tanto en la contraportada de tu libro como en el prólogo, escrito por Margarita Rojas, siento que se pone mucho acento en el hecho de que ven en tus cuentos una cierta nota pesimista. ¿Vos compartís eso?

Yo creo que lo que está presente en estos cuentos es más la nostalgia que el pesimismo. Uno como escritor se ubica en un espacio y en una realidad con los que no se siente bien o en los que se siente desubicado, y añora lo que ha dejado atrás, donde la situación pudo haber sido mejor. Por eso es que la mayoría de mis historias tienen ese tono que no es pesimista, sino una trágica nostalgia.

Cada cuento es un motivo para viajar, cruzar las fronteras, estar y no estar.

¿Tal vez de lo que pudo haber sido?

El tiempo que yo he perdido fuera de ese espacio vital, que es el de mi familia a la que perdí desde los trece años cuando salí de mi pueblo, lo he tenido que reconstruir en mi cabeza. Yo me he sentido como desterrado de mi casa, de mi pueblo. Este libro es un homenaje a mi barrio, a los seres que he perdido físicamente y que yo visito en mis recuerdos.

¿A quién podrías reconocer como influencias para tu literatura?

Siendo como soy originario de Colombia debo decir, de entrada, que García Márquez no está en mis cuentos. Académicamente lo he leído en la Escuela de Literatura y nunca sentí mucha atracción por él ni como

cuentista ni como novelista. Me atrae mucho más Juan Rulfo que cualquier otro cuentista latinoamericano, y lo reconozco a él, frente a cualquier otro, como mi maestro en el cuento. García Márquez me ha mostrado el mismo espacio, el mismo tiempo que yo también he recorrido, todo lo maravilloso que ocurre en la costa colombiana, la cual yo he andado: la Guajira, Magdalena, Bolívar. Así que tenemos una geografía compartida. Pero yo escribo muy particularmente sobre mi pueblo pues uno escribe sobre lo que está más en su alma, sobre lo que la infancia ha registrado en la memoria, y sobre lo que uno sueña. Eso hace que uno tenga una manera de abordar la realidad sin seguir un patrón o un modelo establecido. La infancia siempre nos seguirá asaltando y mostrando lo mejor de la vida.

De Rulfo tenes, además, una explícita referencia a Cómala en el comienzo del libro.

El primer cuento, Ni perros ni gatos, es autobiográfico. En una ida a Colombia encuentro a mi pueblo totalmente distinto, cada vez más degradado. Era un pueblo floreciente, risueño, festivo, con mucha alegría en la calle. Pero cada vez que iba, había menos música y más silencio, más tristeza, más llanto, menos fiesta. Eso me impactó mucho. De modo que Ni perros ni gatos es una de esas historias en que uno descubre que ya no se está viendo en ningún espejo. Ya el espejo está más borroso, más ennegrecido y es otra cara la que ve y le muestra a uno. Cada vez que iba a mi pueblo, mi madre me decía: "ya no te juntes con tales amigos, ya no los busques porque ya no son los que tú dejaste". Todo eso le hace a uno meditar sobre la pérdida de pueblo, la pérdida de realidad, la pérdida de vida que uno ha tenido estando lejos. La distancia lo vacía a uno de una parte de la realidad y lo llena de la otra parte que se hace con sueños y recuerdos, con esperanzas y tristezas, con olvidos y sustituciones. Es probable que si hubiera seguido inmerso en esa realidad no hubiera seguido inmerso en esa realidad no hubiera notado los cambios, pero la distancia los hace evidentes.

¿Lo que has escrito en Costa Rica se ha conocido en Colombia?

De mi primer libro, La máquina de los recuerdos, se vendieron allá unos doscientos ejemplares, así que cuando yo fui por lo menos algunas amistades y profesores conocían que yo escribía. Así que en mi pueblo leen mi libro en primaria y secundaria. Este último libro aún no he tenido la oportunidad de enviarlo. Cuando voy de visita y hay alguna celebración, me invitan a leer cuentos y poemas en actividades públicas y la gente compra mis libros.

¿Existe alguna necesidad en vos por que te conozcan y legitimen tu literatura en tu país de origen?

Nunca he sentido la necesidad de ser conocido en mi país. He tenido, sí, un problema en la definición de si mis textos son colombianos o si son ticos. Yo los considero textos colombianos pues todo el referente y el material sobre el que están hechos es del mundo de allá. Sin embargo, yo no tengo ningún reparo en que se me reconozca aquí o se me reconozca allá.

Y aquí ¿cómo ha sido el reconocimiento de tu trabajo?

Creo que demasiado poco, demasiado circunscrito a amistades. Las personas que se han referido a mis textos es posible que lo hayan hecho sólo por compromiso ante mi solicitud para que lo hagan. Algunos profesores me han pedido mis libros para ponérselos a leer a sus estudiantes pero, a lo mejor, ha sido por su amistad conmigo. No sé si mis libros tendrán alguna atracción por sí solos.

Si tus libros no tienen mucha repercusión, ¿por qué escribís?

La escritura es algo muy personal para mí. No escribo para otros sino para mí, para mis allegados. Dentro del círculo familiar yo he tenido el privilegio de ser el único hijo que ha podido estudiar y eso se lo debo a mi padre por la preferencia que tuvo conmigo como hijo mayor, en detrimento de la atención que nunca tuvo para con las mujeres. Eramos tres hombres y ocho mujeres y mi papá nunca las puso a estudiar a ellas porque dijo que era tiempo perdido y que no valía la pena. Yo soy el primero de los varones que se salvó: mi mamá había tenido tres varones que se habían muerto y por eso sobre mí se centró mucho la atención; así que yo, para tratar de evitar ese preferencialismo me fui, a los trece años, hacia la frontera con Venezuela, a la Guajira, a Maicao, y allí comencé a trabajar junto con una de mis hermanas y a estudiar, de manera que mis hermanas no vieran que había mucha preferencia hacia mí; mi papá me había puesto en la mejor escuela que había en mi pueblo, que era privada y en la que pagaba una suma alta, que es el contexto en el que se desarrolla el cuento Campana para respirar. Yo he pasado por todas las instituciones disciplinarias: esa escuela, el ejército y el convento; este último encuentra expresión en otro cuento, Trocito de hielo.

¿Entraste al convento porque tenías vocación?

Para mí fue una oportunidad de estudiar. Fue la única puerta que se me presentó en un determinado momento para salir del pueblo y yo no la quise desaprovechar. El espacio conventual me sirvió de mucho; al principio no había pensado tomarlo como una "salida" a mi deseo de superación porque uno, en el fondo, va encontrando en el camino una respuesta a las cosas sagradas; yo considero que en ese momento era un analfabeto en cuestiones religiosas. Nosotros (hablo en plural porque éramos cinco costeños los que habíamos ingresado) no sabíamos, por ejemplo, qué era el bautismo o el Espíritu Santo o la Trinidad. De formación religiosa no teníamos nada, pero en el convento nos dieron lectura; nos dijeron "tengan, lean, para que se pongan a la altura de los bogotanos" que eran los que religiosamente sobresalían. Entonces nosotros comenzamos a leer y tuvimos la ventaja de tener un director bastante joven que nos dio a leer una literatura mucho más atractiva que el catecismo. Fue así como empezamos a leer Teología de la Liberación, aunque en la universidad no recibimos esa formación. Así pasé un año en Bogotá y aquí, en Costa Rica (que fue el lugar al que nos envió la Orden), cuatro años más. A mí me

sirvió de mucho ese espacio porque conocí muchas cosas y me di cuenta de la realidad, aquella que en Colombia a mí no me llegaba ni por televisión.

Más tarde me echaron del convento porque había escrito dos artículos. En el primero de ellos, llamado Automatizados, hacía ver que nosotros respondíamos, como el perrito de Paviov, a estímulos, y todo estaba totalmente controlado. Uno no podía, por ejemplo, quedarse conversando cinco minutos afuera, porque le cerraban la puerta, lo dejaban afuera y le imponían un castigo. Luego escribí otro que se llamaba ¿Existen hermanos en esta casa?, una crítica al sistema verticalista (tanto de la autoridad como de la verdad: el superior no se equivocaba). Yo aprendí de mis profesores de exégesis y hermenéutica que anduviéramos siempre con un lapicero en la mano y un pedacito de papel para que, si oíamos algo que nos causara extrañeza o llamara nuestra atención, lo anotáramos y lo interpretáramos; entonces yo fui haciendo una cajita de fichas de todo cuanto decía el director y con eso hacía mis artículos. Por eso decidieron que yo no podía seguir ahí pues se me consideró un traidor, que estaba diciendo cosas que no tenía que decir, que se me había pasado la mano al escribir ciertas cosas y fue así como, un veinte de octubre de 1986 o 1987, me dijeron que me daban la oportunidad de que me fuera para Bogotá en donde no se sabría nada del asunto, a lo cual yo me opuse, aunque yo fui allá para hacer saber cuál era la situación. Con un permiso de un año volví a Costa Rica a terminar mis estudios, pero ya las cosas no funcionaron con los hermanos que estaban acá. Yo terminé la teología y me metí a literatura y me desentendí.

¿Te arrepentís de haberte salido?

No, no me arrepiento. Me hizo muy bien haber estado ahí pero también haberme salido. Es decir que todo fue provechoso porque en el nivel intelectual yo conocí muchas cosas que de otro modo no habría conocido, lo que me ha permitido hacer lecturas de la literatura que son muy escasas dentro de la crítica especializada.

Como escritor, ¿sos básicamente un cuentista?

Cuentos es lo que se me ha publicado; pero si yo me pudiera denominar, diría que soy más poeta que cuentista. Yo he ganado concursos de cuento, aunque me he presentado a concursos de poesía que, sin embargo, no he ganado.

¿Te autodefinís, entonces, como poeta?

Es que he escrito más poesía; tengo mucha más experiencia en ella, he trabajado en talleres poéticos y me desenvuelvo mejor ahí que en talleres para cuento. Yo empecé a escribir cuento en 1992, que es el mismo año en que gané mi primer concurso con mi libro La máquina de los recuerdos, el cual lo escribí en dos meses y medio.

¿Qué planes tenes? ¿Qué estás escribiendo?

Hace mucho que no escribo nada de ficción. Mis años más productivos fueron de 1992 a 1995. De 1995 para acá me he dedicado más al ensayo sobre literatura. Actualmente tengo dos libros escritos sóbre la lectura y estoy escribiendo otro, para completar una trilogía. Me interesa explorar cómo emerge el proceso creativo desde el que escribe y el que lee. Sin embargo, aunque escribiéndola lentamente, tengo en proceso una colección de cuentos sobre viejitos, el cual es un tema recurrente en mí. Siempre he creído que los abuelos son la memoria de uno y, en general, humana, que en esta sociedad tan utilitarista han sido desechados como improductivos. Esto responde un poco a lo que yo creo que es la escritura, una especie de rememoración de la historia, reconstrucción del pasado, una manera de salvarnos del olvido, del tiempo que arrasa con todo. Creo que eso es lo que me propongo cuando escribo, que las cosas no pasen desapercibidas, cuando menos para mí: que quede una constancia de que he existido y he experimentado la vida de esta u otra manera. Me dejo decir y hago que se digan las cosas que otros han callado. Eso creo que es parte fundamental de mi escritura, una manera de salvar.

Dos poemas de Jorge Ramírez Caro



Graffiti

La noche tenía sólo una cárcel
La cárcel tenía sólo una celda
La celda tenía sólo una pared
La pared tenía sólo una palabra
La palabra decía sólo adiós.
Todo ese tiempo el prisionero
Quiso escribir una sola palabra
Pero la fiebre lo hizo temblar
Y nunca escribir amor.
El prisionero tenía sólo una vida.

Entre dos sombras

Nadie regresa de la muerte porque esté vivo
Porque le quede un pedazo de vida:
Vuelve por la esperanza de los que esperan
Por el amargo dolor de la madre
Por el tiempo que lleva la mujer
Parada en la puerta
Viendo para allá y para acá.
Uno vuelve en definitiva
A responder las diarias preguntas del hijo
Por las cosas que no quieren seguir siendo si uno:
Por el día que pierde su color
Por la noche que oculta sus estrellas
Por la casa que parece vacía
Por la comida que no sabe a nada
Por la amada que dice estas cosas.
Ningún muerto vuelve a casa
Porque tenga permiso de andar entre dos sombras:
Vuelve por la vida que todos le dan en la espera:
El cielo ya no vuelve sobre nosotros
Desde que no estás.
Pero hay madres
Hay hijos y amadas
Que les queda el corazón agrietado en lágrimas.

Recordando Eduardo Galeano

Ya está naciendo el nuevo milenio. No da para tomarse el asunto en serio: al fin y al cabo, el año 2001 de los cristianos es el año 1379 de los musulmanes, el 5114 de los mayas y el 5762 de los judíos.

El nuevo milenio nace un primero de enero por obra y gracia de un capricho de los senadores del imperio romano, que un buen día decidieron romper la tradición que mandaba celebrar el año nuevo en el comienzo de la primavera. Y la cuenta de los años de la era cristiana proviene de otro capricho: un buen día, el papa de Roma decidió poner fecha al nacimiento de Jesús, aunque nadie cabe cuándo nació. El tiempo se burla de los límites que le inventamos para creernos el cuento de que Él nos obedece; pero el mundo entero celebra y teme esa frontera. Una invitación al vuelo Milenio va, milenio viene, la ocasión es propicia para que los oradores de inflamada verba peroren sobre el destino de la humanidad, y para que los voceros de la ira de Dios anuncien el fin del mundo y la reventazón general, mientras el tiempo continúa, calladito la boca, su caminata a lo largo de la eternidad y del misterio. La verdad sea dicha, no hay quien resista: en una fecha así, por arbitraria que sea, cualquiera siente la tentación de preguntarse cómo será el tiempo que será. Y vaya uno a saber cómo será. Tenemos una única certeza: en el siglo veintiuno, si todavía estamos aquí, todos nosotros seremos gente del siglo pasado y, peor todavía, seremos gente del pasado milenio.

Aunque no podemos adivinar el tiempo que será, sí que tenemos, al menos, el derecho de imaginar el que queremos que sea. En 1948 y en 1976, las Naciones Unidas proclamaron extensas listas de derechos humanos; pero la inmensa mayoría de la humanidad no tiene más que el derecho de ver, oír y callar. ¿Qué tal si empezamos a ejercer el jamás proclamado derecho de soñar? ¿Qué tal si deliramos, por un ratito? Vamos a clavar los ojos más allá de la infamia, para adivinar otro mundo posible: el aire estará limpio de todo veneno que no venga de los miedos humanos y de las humanas pasiones; en las calles los automóviles serán aplastados por los perros; la gente no será manejada por el automóvil, ni será programada por la computadora, ni será comprada por el supermercado, ni será mirada por el televisor; el televisor dejará de ser el miembro más importante de la familia, y será tratado como la plancha o el lavarropas; la gente trabajará para vivir, en lugar de vivir para trabajar; se incorporará a los códigos penales el delito de estupidez, que cometen quienes viven por tener o por ganar, en vez de vivir por vivir nomás, como canta el pájaro sin saber que canta y como juega el niño sin saaber que juega; en nigún país irán presos los muchachos que se nieguen a cumplir el servicio militar, sino los que quieran cumplirlo; los economistas no llamaran nivel de vida al nivel de consumo, ni llamarán calidad de vida a la cantidad de cosas; los cocineros no creerán que a las langostas les encanta que las hiervan vivas; los historiadores no creerán que a los países les encanta ser invadidos; los políticos no creerán que a los pobres les encanta comer promesas; la solemnidad se dejará de creer que es una virtud, y nadie tomará en serio a nadie que no sea capaz de tomarse el pelo; la muerte y el dinero perderán sus mágicos poderes, y ni por defunción ni por fortuna se convertirá el canalla en virtuoso caballero; nadie será considerado héroe ni tonto por hacer lo que cree justo en lugar de hacer lo que más le conviene; el mundo ya no estará en guerra contra los pobres, sino contra la pobreza, y la industria militar no tendrá más remedio que declararse en quiebra; la comida no será una mercancía, ni la comunicación un negocio, porque la comida y la comunicación son derechos humanos; nadie morirá de hambre, porque nadie morirá de indigestión; los niños de la calle no serán tratados como si fueran basura, porque no habrá niños de la calle; los niños ricos no serán tratados como si fueran dinero, porque no habrá niños ricos; la educación no será el privilegio de quienes puedan pagarla; la policía no será la maldición de quienes no puedan comprarla; la justicia y la libertad, hermanas siamesas condenadas a vivir separadas, volverán a juntarse, bien pegaditas, espalda contra espalda; una mujer, negra, será presidenta de Brasil y otra mujer, negra, será presidenta de los Estados Unidos de América; una mujer india gobernará Guatemala y otra, Perú; en Argentina, las locas de Plaza de Mayo serán un ejemplo de salud mental, porque ellas se negaron a olvidar en los tiempos de la amnesia obligatoria; la Santa Madre Iglesia corregirá las erratas de las tablas de Moisés, y el sexto mandamiento ordenará festejar el cuerpo; la Iglesia también dictará otro mandamiento, que se le había olvidado a Dios: “Amarás a la naturaleza, de la que formas parte”; serán reforestados los desiertos del mundo y los desiertos del alma; los desesperados serán esperados y los perdidos serán encontrados, porque ellos son los que se desesperaron de tanto esperar y los que se perdieron de tanto buscar; seremos compatriotas y contemporáneos de todos los que tengan voluntad de justicia y voluntad de belleza, hayan nacido donde hayan nacido y hayan vivido cuando hayan vivido, sin que importen ni un poquito las fronteras del mapa o del tiempo; la perfección seguirá siendo el aburrido privilegio de los dioses; pero en este mundo chambón y jodido, cada noche será vivida como si fuera la última y cada día como si fuera el primero.

Silencio elocuente versus ruido estridente. Víctor Valembois



La palabra es hija del silencio, nace de sus profundidades, aparece por un instante y regresa a sus abismos (...)

Octavio Paz

Al Padre Gustavo González V., por sus consejos; su mirada y su silencio dijeron el resto.

1. Una miradita atrás

Desde luego siempre se han opuesto el silencio y el ruido, antagónicos por definición, lo mismo lo lleno y el vacío; pero mi tesis es que curiosamente en estos últimos años pareciera validarse un falaz cruce de esos pares en el cual se rehuye del silencio como un vacío. En la presente reflexión demostrare que, históricamente, no siempre ha sido así (punto 1); después, a partir de la simple crónica cotidiana, con énfasis en su repercusión a nivel de academia (punto 2), quisiera describir unas vivencias, supuestamente validantes para ese singular acercamiento (punto 3); lo anterior desembocará, sin embargo, en una perspectiva más coherente del aprender a "leer" en todas sus facetas (punto 4).

Cuando uno lee El nombre de la rosa, la famosa novela de Umberto Eco, de múltiples maneras sobrecoge una dicotomía presencia/ausencia. La versión fílmica a partir de ese portento, pese a lo logrado de las actuaciones y el ritmo policiaco que se le imprimió, traiciona arteramente el espíritu original. Ese está hecho de la alternancia ruido/silencio. Llaman mucho la atención en este sentido las, digamos, cincuenta primeras páginas. El silencio priva, por lo menos cuantitativamente, dando tiempo a los dos interlocutores; recuérdese a esos dos monjes, camino al monasterio. Van "masticando" y digiriendo lo conversado. A intervalos irregulares saborean otro bocado. La pausa se rompe también a menudo por los ruidos de la naturaleza, por el paso de las bestias, pero esas interferencias no son de carácter distractor sino envolvente, como los altos en la conversación. Era la alta Edad Media cuando el tiempo todavía se medía a escala humana.Lo cierto es que la idea de profundidad en la labor y de asombrosa cantidad, por ejemplo de transcripciones y traducciones, para esa época nos viene lógicamente asociada a la manera de trabajar, donde el silencio imperaba. Los monjes pasaban horas al día hasta con estricta prohibición de hablar.

Pero antes de nuestra era de los parlantes con cien vatios de salida, también lo opuesto, todo tipo de interferencia acústica, tenía claro significado. Que la música y los versos pueden calmar los sentidos ya lo probó, en 1537, el amigo Bartolomé de las Casas al conquistar por esos medios inusuales las "tierras de guerra" en el altiplano guatemalteco. Esas, desde entonces quedan en la historia como el anverso de la medalla, con el topónimo de Verapaz(1). Aparte de un curioso experimento de mezcla de géneros, la hazaña del dominico, por cierto constituyó también un maravilloso ejemplo de transculturación bien entendida: los textos judeo-cristianos de la Biblia, desde la Creación hasta el Apocalipsis, se presentaron en bandeja con música europea tocada con base en instrumentos indígenas; los traductores resultaron ser españoles, los artistas eran nativos. Tiempos ha, la misma literatura era esencialmente una forma de comunicación auditiva, de allí lo sonoro de las epopeyas y los romances. El Poema de Mió Cid era un cantar llevado de pueblo en pueblo por juglares y menestreles, cosa que felizmente vuelve con cantautores tan expresivos como existen en América Latina. Recordemos que el mismo término “lírica” se asocia con la lira. El arte musical constituye un recurso mnemotécnico en sí.

Claro que hoy felizmente se rompieron los diques del silencio impuesto, como cuando, de niños, nos prohibían hablar porque eso les tocaba a los grandes. Poco probable resulta que los adultos y maestros de entonces, castrantes por definición, se acordaran de la etimología de “infante”, que justamente significa eso: el que no habla, siendo que al contrario, por su raíces, el término “profesor” representa al “que habla delante”.Por supuesto que también es útil adoptar la perspectiva de Fray Luis de León, quien al cabo de una larga reclusión, simplemente pasó por alto el silencio impuesto y reanudó su clase excátedra con aquel famoso “como decíamos ayer”, dando a entender que todo el intermedio no había sido sino mundanal ruido. Y acordémonos también de una acepción del silencio en el sentido de no exteriorizar todo, de guardar algo entre pecho y espalda, según la sabia perspectiva del proverbio árabe(2).

No nos pongamos nostálgicos de tiempos idos; sería desde luego ingenuo no ver también desde entonces el otro lado del panorama, como aquel romano, me parece que el mismo Cicerón, que se quejaba del infierno de su ciudad, por lo del jaleo de tanta gente. No hay nada nuevo ni bajo el sol ni para los tímpanos sensibles. Siempre cualquier etapa evolutiva de la convivencia humana tiene sus aspectos fascinantes como sus inconvenientes. Aplaudamos desde luego los avantares positivos de la moderna tecnologóa comunicativa. Desde que Marconi superó la distancia de la corneta y las señales de humo, hasta la presente década del disco compacto (ese último pronto a ser sustituido por los inventos más compactos aún), es la revolución básicade la que no nos hemos percatado todavía de manera suficiente. Podemos recrear la sinfonía del Nuevo Mundo en plena selva del Mato Grosso, con una fidelidad que ni el Concertgebouw de Amsterdam permite. Y gracias a la fibra óptica una llamada internacional desde los confines del mundo se escucha mejor que un telefonema con el vecino… Pero ya lo dijo Hegel: “la única lección de la historia es que nadie aprende las lecciones de la Historia”. Parecemos haber olvidado que la capacidad de producir resonancias acústicas no excluye el silencio, que éste resulta tan necesario para el equilibrio mental como su antípode. Igual, puede ser tan significativo un “minuto de silencio” como el mejor discurso. Si no veamos.

2. Si "el silencio es oro", qué escasos se pusieron ambos

Viva la tecnología comunicativa, la que permite llevar la buena nueva y otras informaciones en un instante de un lado a otro de este único bote espacial en que andamos. Sigamos esperando, a ver si aquellos mensajes grabados, enviados por el éter a cada rato, encuentren por fin un interlocutor.

Hasta ahora, sin embargo, solo los poetas y los locos hablan con las montañas y las cosas. En cambio entre la especie humana va prevaleciendo cada vez más un flujo informativo unilateral disfrazado de comunicación, la cual, por escencia (ya recalcada por Aristóteles) tiene sentido únicamente en la medida en que provoca la reacción de un receptor. Felizmente la hiperabundancia de supuestas invitaciones al diálogo, salvo excepciones de correos no solicitados (ahora en forma electrónica por internet), no suele llegar sin que uno mismo haya abierto la llave del chorro y raras veces hasta ahora el bombardeo visual va acompañado de una invasión acústica. Pero nuestra civilización se caracteriza por estridencias ensordecedoras; los pájaros y el resto de la fauna tiene razón de alejarse de esa barbarie. Es un mundo al revés, porque el calificativo de "bárbaro" debe reservarse para el que no sabe vivir sin contaminación estridente en su entorno; en cambio, civilizado es aquel que precisamente sabe disfrutar la música y otros sonidos, lo mismo que puede regocijarse cuando se encuentra aislado de esas invitaciones a la oreja.

En nombre del progreso, el desarrollo, la evolución y otros eufemismos altisonantes -eso es, literalmente, que suenan muy duro- se ve uno atrapado en una concha de la que no pareciera haber escapatoria. Vida moderna y ruido aparatoso se vuelven sinónimos. Nuestras calles son sitios de alta contaminación visual, química y ciertamente auditiva, entre esa moto que anda sin escape y ese taxista que no puede sino tocar la bocina.En la lavandería una radio a todo dar se supone que está para "amenizar" al público, haciéndoles una competencia desigual a las máquinas. Como llueve, una melodía de ritmos diversos, decido ir al mercado cubierto del "Paso de la Vaca", pero unos parlantes groseros, queriendo promocionar ciertas rebajas, opacan el canto sinfónico de los vendedores. Y por doquier, aunque sea en plena conferencia o clase, suenan celulares y "beepers", porque somos, dicen que por naturaleza, una especie comunicativa. Afuera bosteza de repente una alarma, de esas con un registro musical ya demasiado conocido y que nos atraganta por su volumen. Total, prevalece una abierta confusión entre transmisión de cualquier ruido e información; sobra por doquier la comunicación fática, a veces muy necesaria, por aquello de que la comunicación no es solo transmisión seca; otras veces, un lastre, pura contaminación acústica.

Uno se vuelve sordo con base en tanto eco vacío, tanta cascara hueca. Entonces desea refugiarse por ejemplo en la clásica "torre de marfil". Allí a los profesores los tienen en cubículos a la imagen de las celdas monacales, dicho sea sin ninguna mirada nostálgica ni agorafobia malsana. Tradicionalmente se ha identificado a la universidad como una entidad aparte, hasta con un fuero especial, siendo que de ese antro de conocimiento siempre irradia la sabiduría. Vana ilusión, porque últimamente la corriente más bien va en otro sentido: los vicios de la sociedad se introducen ferozmente en el ámbito académico, porque en aras del adelanto ni profesores ni alumnos pueden quedar atrás. Por eso, las aulas y las sodas están equipadas con televisores para que supuestamente todos se informen de manera oportuna. Pero ¡qué vaina! Nunca ha habido tanta desinformación, por lo que el frío no está en las cobijas y como la mujer más linda solo puede ofrecer lo que tiene, la tecnología tampoco es una panacea que per se resuelve los problemas de comunicación. El resultado más bien es que la ansiada formación, con base en tanta "in-formación", si llega a su destinatario, se vuelve deformación que finalmente genera con-formación, que es lo peor que se puede esperar justamente de la educación que tiene que despertar y hacer entrar en rebeldía. Una errónea idea de democracia y consecuente pedagogía participativa hacen que no falte día en que cierto campus universitario(3) se vea inundado de conciertos y avisos a golpe de megáfono. ¿Por qué los conciertos y otras actividades muy loables en sí no pueden darse en otro lado apropiado, por ejemplo, como atención muy oportuna alrededor de un centro de servicio universitario que incluya el comedor estudiantil, una cooperativa de libros, una farmacia, etc.? ¿No es un grave atentado a los derechos acústicos tener que aguantar que una voz sindical, desde un carro frente a cualquier facultad alejada "con permiso de las autoridades universitarias", como reza la grabación, invita a una asamblea o cualquier actividad? a citada autoridad capituló, después de que, hace tiempo, puso vallas para anuncios. Es que en aras de la cultura del ruido, se sigue prefiriendo la convocatoria por el tambor...

Claro que influye la masificación. Cultivar el silencio y la concomitante reflexión, resultaba más fácil en la histórica Universidad de San Carlos, en sus inicios del sigloXVII, entre quince estudiantes atendidos por cuatro profesores... Pero el asunto requiere un enfoque global, porque su remedio está en toda una cultura, un respeto por uno mismo y el otro. Claro que influye la tecnología. Bendita, por eso, en sus aplicaciones personalizantes, como en los aviones, que permiten oír sin molestar al vecino. El audífono no es entonces una señal de status sino un compromiso de respeto por el derecho ajeno, ya lo dijo Juárez.

En otro campus(4) costarricense, muy concurrido también y afamado por ser más popular, en el mejor sentido altruista de la palabra, el panorama es igualmente desolador. En cierto sentido el problema se presenta allí de manera más aguda porque va más allá de una falta de sensibilidad para el otro. Allí el problema es más de fondo. Empieza con una deficiente construcción de recintos de clase y una distribución totalmente errónea de espacios. Esas aulas de tabique desde luego no bastan como aislamiento acústico y sardónicamente se podría señalar que "las paredes (universitarias) oyen". Además, entre esas y los espacios de "recreo" se encuentra gente conversando a todo dar, a cualquier hora. Conversar es un derecho humano, claro. No existe respeto por la alternancia de hora académica y receso de diez minutos. Tampoco prevalece tacto para mover las sillas con el cuidado de levantarlas para no romper el tímpano de los compañeros, dentro y fuera del aula... Y no hablemos solo de la incidencia de todo aquello en la calidad académica sino en la salud de profesores y alumnos. De por sí las enfermedades de la garganta son parte del panorama profesional que le espera a un docente, no provoquemos entonces la necesidad de gritar para darse a entender. En aras de lo democrático, entendida como igualitarismo, en la biblioteca de ese centro académico se conversa a viva voz, no solo en los lugares asignados para "estudio en grupo", sino por doquier. El

contexto no favorece el texto-tejido esencial: el aprendizaje, la generación de conocimiento nuevo.

Desde luego, no se trata de exigir para las universidades nuestras los criterios y las posibilidades que ofrecen las modernas aulas de Cornell o Louvain-la-Neuve... pero sí simplemente de mantener un nivel de universidad sin contribuir por lo anterior al "hago que hago" ya de por sí una lacra existente. Respecto de lo palpado en las dos instituciones estatales, lo señalado aquí puede ser indicador de una realidad perdurable y, dolorosamente, a veces de una estructura, un síntoma de una enfermedad cultural. Funciona y se perpetúa un pobre concepto de universidad.

¿Cuál sería la causa de ese fenómeno, observable en los mismos predios académicos? Señalaba un director académico que, en realidad, allí como en todo el país, falta toda una cultura del silencio, componente consustancial de la idea misma de enseñanza, especialmente a nivel superior. Mi interlocutor, casualmente de origen europeo e igual, bordeando los cincuenta, ¿será otro inadaptado en términos locales, simplemente porque también pasó horas y horas en salones de estudio, templos de la concentración? Se ven en películas como El muro y La sociedad de los poetas muertos. A decir verdad esos espacios tenían un algo de represivo, nos consta, no por ellos mismos, sino por la mentalidad de los vigilantes; inversamente, que los actuales lugares de lectura y de estudio suelen carecer de ambiente para tal propósito se debe justamente a una reacción pendular de la autoridad que ya no se atreve a caer mal. El jolgorio y la ficción de academia son monedas muy rentables en época de elecciones en el campus... Este denunciante, por ser extranjero y nadar contra la corriente, puede que sea marginado suavemente por el empuje de la masa que manda con base en el qué dirán y el serrucho también omnipresente en las esferas universitarias, de uno y otro lado del Virilla. A decir verdad, no es una cuestión local: si a nivel internacional se están imponiendo normas de calidad total, si en la industria se perfilan cada vez más normas, tipo ISO, ¿qué más industria de los servicios que la universidad del mañana?

3. "El silencio es estrago entre las soledades"

Así interpreta el poeta costarricense Laureano Albán(5) la manera de ser del hombre contemporáneo. No de otro modo se puede explicar que su coterráneo, por lo general de apariencia humilde, "necesite" la radio a todo dar en la oreja propia (y hasta gratis en la de los demás) en pleno disfrute de un parque nacional, desde luego con tal de no perder el último "goooooooool" de su equipo favorito. Tampoco se atreverá uno a caerle mal al hijito de papi que atiende la clase con el "walkman" puesto. Por lo menos pareciera respetar el oído del prójimo, pero desgraciadamente no existe, o (incluso en caso de probarse lo contrario) no conviene la ubicuidad auditiva. Tiene derecho -y diría que el deber- el profesor que, a instancia de Cristo, proclame "quien no está conmigo, está en contra de mí", de modo que, señor alumno, o escucha ese magnífico concierto de hard rock o concéntrese en lo que se crea en la clase. Participe activamente, oportunidad que no ofrece su portento de tecnología. De hecho, ese gran comunicador que fue el Hijo del Hombre no tuvo miedo de regañar a su propia madre por interrumpir la "clase". En otro momento, antes de tomar una tremenda decisión, se refugió en el desierto. Allí, como en las bibliotecas dignas de ese nombre, el silencio, buen consejero, todavía es rey mientras no le alcancen los bafles asesinos de la discoteca más cercana, aunque sea a leguas.

No se malinterprete que ese fraile se opone a la algarabía, pero cada cosa en su momento. Si Dante resucitara describiría la esencia de la tortura infernal como la impotencia de refugiarse contra el ruido envolvente: "Ustedes que entran a la urbe, dejad toda esperanza..." porque no por taparse las orejas se salvarán. Curiosamente en ese aspecto, muchas veces el infierno no lo es solo el otro, el vecino infeliz que riega gratis las ondas sonoras de su equipo radiofónico. Algunos alumnos no pueden estudiar sino acompañados de sus fans musicales; de la misma manera, gente hay que prende el televisor o la radio desde la mañana hasta la hora de acostarse; igual hace el que camina por el bosque con la radio portátil en la oreja. Y qué decir del moderno pan y circo de Zapote a fin de año? ¿No serán síntomas de miedo a la soledad, la de la confrontación consigo mismo? Todo es cuestión de medida, porque la radio esa, a pilas, es una maravilla para el que ocupa las últimas noticias y no existe mayor bálsamo que la Pastorale en pleno atasco automovilístico. Los libros para oír(6) son un deleite que vuelve a poner la literatura al nivel oral-sonoro del viejo Virgilio y del juglar. Y aprender idiomas con base en casete o CD es una posibilidad a no despreciar hasta mientras se maneja, se cocina, etc. En nuestra sociedad contemporánea, el sentido de lo auditivo suele ser mucho menos esclavizante que el visual, porque mientras se escucha se puede hacer otra cosa.

En esta reflexión no he querido caer en la apología del silencio elocuente porque sí, ni en la condena como tal del ruido tantas veces ensordecedor. Me preocupó la confusión que mucha gente establece entre este binomio y el de lo vacío, supuestamente por la ausencia de ruido y lo lleno por su presencia. Esa confusión es una capitulación de lo humano. En última instancia, el silencio no es per se "malo", ausencia o falta de contenido y cualquier ruido con música o acompañamiento válido no representa automáticamente presencia o significado. El taciturno no es un inválido, pese a que el parlanchín por lo general resulte más simpático. Así como en la cultura esencialmente visual que nos rodea, para no naufragar el hombre contemporáneo tiene que aprender a navegar, es decir seleccionar la ola que da sustento a su tabla surfeadora, igual en el reino de lo auditivo. En términos semiológicos, hasta el mejor Paganini es simple "ruido" si viene a destiempo.

El hombre culto será el que pueda seleccionar el momento para el silencio generador o la oportunidad para el acompañamiento sonoro que no distorsione ni condicione, sino subraye, o incluso para la música y el sonido a gran volumen y estereofónico desde varios ángulos, porque el momento, fílmico por ejemplo, así lo requiere. En última instancia, para el cultivo del yo interior hace falta un oído atento a lo exterior, al mismo tiempo que una especie de membrana capaz de cercar o de temperar el aporte de fuera. Vivir sin célula selectiva del "ruido" conveniente o necesario es lo que pasa cuando se tiene un témpano literalmente perforado por falta de selección. Que el silencio puede

ser locuaz lo visualiza desde el derecho (con el concepto de "silencio positivo") hasta el refranero popular, como en aquello de "quien calla otorga" o "un silencio cómplice" o también en "dar la callada como respuesta". "El grito del silencio" es algo más que un video, porque la frase se transforma en aumentativo. Que el sonido puede ser reconfortante, ilustrativo, vital lo prueban la música de fondo o banda sonora en una película. Todo depende de la ocasión, de la proporción y de la actitud receptiva. Para el orador, será vital el manejo del silencio, esa medida del "espacio" en el tiempo, con la pausa reflexiva; lo mismo para el escritor, la puntuación es la visualización de un silencio.

En última instancia, también se trata de cultivar el oído que no es simplemente una oreja física sino un instrumento humano. Hay que volver a aprender a escuchar, que no es lo mismo que oír. "Leer", en lo auditivo, se vuelve entonces un acto de hominización, una escogencia hacia una libertad superior, donde al igual que los espigadores de antes, sepamos separar el grano de la paja. ¿Pero cómo ir al "grano" también en el mundo de la oreja? ¿Cómo "leer" (en) el silencio? He allí la pregunta. Señalaba Renán que le gustaba leer como beben los pollitos: a cada rato levantando la cabeza, para que pase mejor el líquido: es la técnica de la pausa o el silencio. Para unos, cuestión de hilar una rica cultura expresiva con los ingredientes no tan dicotómicos del silencio versus el sonido; para otros, cuestión de elemental sobrevivencia. Y no hay que ser benedictino como para añorar momentos de recogimiento interno: como señala Octavio Paz, puede que de ello germine nada menos que la palabra, dimensión creadora en el acto comunicativo. Es bueno fijarse en ello antes de quedarnos mudos, aunque con los oídos llenos de palabras y otros ruidos extemos. Desde este punto de vista adquiere otro sentido el verso inmortal de Neruda: "Me gustas cuando callas y estás como ausente...".

NOTAS

1. Ver un lindo relato al respecto en Balchin de Koose, Barbara: Antigua for you, Watson Publishing, Guatemala, 1992, pp. 196-97.

2. Cito parcialmente: "No digas todo lo que sabes.../ no creas todo lo que oyes... porque el que dice todo lo que sabe ... /el que cree todo lo que oye ... muchas veces dice lo que no conviene ...juzga todo lo que ve..."

3. Pienso concretamente en un día casi cualquiera en la Universidad de Costa Rica, en el campus "Rodrigo Fació", si uno por desgracia tiene clases o tiene oficina cerca del famoso "pretil".

4. A buen entendedor, pocas palabras; me refiero al Campus "Ornar Dengo" de la Universidad Nacional en Heredia, Costa Rica.

5. Ver en su poemario Todas las piedras del muro.

6. ¿Para cuándo una buena sección de libros para oír ("audiobooks") en las librerías locales dignas de ese nombre?

Cazal, el librero virtual. Víctor Suárez

En el mes de julio de 1999 apareció en el espacio cibernético de internet la primera librería virtual dedicada principalmente a la literatura escrita en español. He aquí una pequeña entrevista con su creador: el escritor paraguayo Raúl Cazal.

Raúl Cazal ha escrito dos libros, diseñado afiches, volantes y revistas y regentado librerías. Ha estudiado periodismo. Es un gran amigo paraguayo. Ahora es un librero virtual. Inventó Comala.com, la primera librería venezolana en el ciberespacio. No ha colocado una estantería en un website. No es una vitrina donde la gente mira las novedades y se va. No señor, Comala es un centro de negocios donde la gente escoge, selecciona, se informa y compra. Y además de libros tiene opciones para adquirir videos, programas interactivos y música de todo talante.

V.S: ¿De dónde viene Cómala?

R.C: De la obra de Juan Rulfo. Internet es un espacio de visiones, donde las páginas web aparecen sólo cuando uno las nombra. ¿Acaso eso no es Comala, donde al personaje de Juan Rulfo, que va en busca de su padre Pedro Páramo, se le van apareciendo en el camino fantasmas que desaparecen una vez que los deja atrás?

V.S: ¿Crees que la gente común asocia ese detalle?

R.C: No importa que la gente haya leído a Rulfo. En todo caso estamos creando un referente. Rulfo es el autor que menos resistencia provoca. No pasaría lo mismo si hubiéramos colocado algo referido a García Márquez o Borges. Entre los aficionados a la literatura la asociación es inmediata. Sin embargo, el énfasis está en el libro, las novedades, los ensayos, los comentarios.

Cómala es un lugar para la información. Según Cazal, para los editores y distribuidores lo virtual es algo nuevo. Creían que no era posible. Pero eso está cambiando. Ahora piensan que es un lugar muy conveniente para sus promociones. Somos los únicos en internet. Los descuentos van desde un 5% hasta un 60%. “Si Amazon.com le dedica a la comunidad hispana un 0.5 por ciento de su catálogo, nosotros vamos a invertir la ecuación. Vamos a darle un 0.5 a los idiomas distintos del castellano.”

Cómala está alojado en NetHosting y sus transacciones financieras son realizadas a través de la norteamericana ATS. Las entregas se realizan a través de DHL, IBC y MRW.“Además, cuenta Raúl, fuimos los primeros en estar listos con soluciones de comercio electrónico para el momento de la inauguración del Mall Virtual de Cantv Servicios, e pocas horas’.

Libros que hemos recibido El mundo de la nueva narrativa hispanoamericana - una introducción Víctor Ivanovici Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Quito, 1998 (295 pp.)



El autor de este libro estudió filología hispánica en la Universidad de Bucarest, Rumania en donde, entre 1971 y 1984, enseñó en el Departamento de Filología Romance e Hispánica.

Desde 1984 vive en Grecia, donde siguió enseñando español en varias instituciones públicas y privadas y desplegó una amplia actividad publicística y editorial. Actualmente es profesor del Centro de Idiomas de la Universidad de Atenas. Se doctoró en 1993 con una tesis sobre La obra de Gabriel García Márquez como ciclo macondino.

En el trabajo que nos ocupa analiza la literatura de Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar. A partir de la página 255 introduce, también, el análisis de Urmuz, escritor rumano (1883-1923). El Suplemento Cultural le entrevistó brevemente, vía correo electrónico, en su casa griega:

Califica de «nueva» la narrativa hispanoamericana que irrumpe en la década del sesenta en América Latina. Esta, desde la óptica de los noventa, no lo es más. Una generación postboom que no cultiva el realismo mágico ni lo fantástico borgeano se encuentra instalada en el universo literario latinoamericano ¿Por qué, entonces, utiliza la denominación de "nueva" para calificar esa narrativa?

Tiene razón, desde un punto de vista estrictamente cronológico el "boom" y algunos de sus precursores, que forman objeto de El mundo de la nueva narrativa, difícilmente podrían calificarse de "nuevos". La explicación es tan sencilla como esta: el libro fue escrito en aquellos años. En cuanto a la literatura "postboom", no estoy al tanto de la misma sino esporádicamente, por un lado debido a la distancia geográfica, y por otro porque considero que (salvo casos excepcionales como lo fue el propio "boom") hace falta una perspectiva temporal de 20-25 años para situar el fenómeno "novísimo" en una estructura y una jerarquía axiológicas. Desde este punto de vista (el axiológico), no creo que se haya producido todavía en esos meridianos algo que supere a Borges, García Márquez, Cortázar, Carpentier u Octavio Paz. Como no tengo la superstición de la actualidad inmediata, tampoco he sentido la necesidad de actualizar a toda costa el "corpus". En fin, como Ud. ha notado, el libro no abarca todo el "boom" sino, en realidad, a los autores de lo fantástico y lo "real maravilloso", que a mi criterio es la tendencia más novedosa y renovadora de la "nueva narrativa" hispanoamericana. Por otra parte, también se puede argumentar que la "nueva narrativa hispanoamericana" es "nueva" respecto de la interbélica (social, telúrica, indigenista, criollista, etc.), esa sí, irremediablemente "vieja". En este sentido se puede hablar dé "nueva narrativa" casi como del nombre de un período, exactamente como, en las letras francesas, la novelística de Michel Butor, Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute y otros se llama hasta hoy en día "Nouveau Román", pese a que se produjo a finales de los 50. Respecto de la narrativa "postboom", lo de "nueva" significa "moderna", mientras la recientísima podría considerarse "postmoderna". Por tanto, el calificativo de "nueva" tiene índole tipológica y no cronológica.

¿Por qué introduce en el libro el ensayo referente a un autor rumano, Ormuz, páginas estrafalarias? ¿Existe alguna vinculación estructural con el resto del libro?

En lo que Se refiere al "corpus" de Urmuz, su lugar en el libro (como anexo) encuentra su justificación en el ensayo La foto movida o el reino de los signos motivados, un intento de comparatismo "lúdico" que descansa sobre dos premisas básicas: (a) que, pese a las apariencias, la literatura del absurdo supone una semiótica cratiliana, del signo motivado, como se diría en griego); y (b) que, dentro del universo del absurdo la serie temporal no tiene gran importancia, de manera que el rumano Urmuz, antes de 1920, elabora un absurdo maduro y atroz, en tanto que el argentino Cortázar, a principios de los 60, avanza (en Historias de cronopios y de famas) un absurdo incipiente y paradisíaco. (Urmuz es, para los rumanos, el precursor absoluto de las vanguardias de todo tipo).

Esta tesis le gustó a Cortázar (a quien un amigo chileno le enseñó mi ensayo, a mediados de la década de los sesenta), y me escribió una tarjeta relativa a ello, poco antes de su muerte. (El libro en cuestión se puede consultar en la Biblioteca "Joaquín García Monje" de la Universidad Nacional).



Cardoza y Aragón: lineas para un perfil
Lucrecia Méndez de Penedo
Editorial Cultura, Guatemala, 1994 (105 pp.)

Lucrecia Méndez de Penedo, académica guatemalteca, profesora en las universidades de San Carlos y Rafael Landivar de Guatemala, doctora en Letras, crítica literaria y de arte, nos envía esta colección de ensayos referidos a Luis Cardoza y Aragón, una de las más altas cumbres de la literatura guatemalteca del siglo XX, cuyo texto, Guatemala, las líneas de su mano, constituye un libro de referencia fundamental para cualquiera que quiera comprender a la Guatemala contemporánea. El libro de Méndez de Penedo recopila trabajos escritos hasta 1979, cuando elaboró su tesis de licenciatura sobre el libro de Cardoza y Aragón antes mencionado. Escrito con una prosa clara y agradable, la autora insiste en torno a determinados aspectos estéticos y éticos de la obra de Cardoza lo cual constituye, según confiesa en la presentación del libro, fruto de las particulares obsesiones de la autora.



Producción y edición de textos didácticos
Rene Muiños Gual
Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED),
San José, 1999 (576 pp.)

Rene Muiños, actual director de la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED), licenciado en filología española por la Universidad de Oriente de Santiago de Cuba, nos ofrece este excelente y exhaustivo trabajo útil tanto para editores como para académicos, diseñadores gráficos y autores. Según expone el mismo libro en su contratapa, la razón de esta obra es dotar al lector de un instrumento de trabajo que sirva como modelo de las reglas generales para la confección de los textos didácticos y para el tratamiento particular de sus diferentes aspectos lógico-formales. La comprensión y aplicación generalizada por parte de autores, editores académicos y diseñadores gráficos de las prácticas y pautas que el libro expone y ejemplifica, pretenden concederle uniformidad a este tipo de textos y otorgarle mayor excelencia al libro terminado. Indirectamente, puede ser útil también a las unidades docentes como material de referencia para el tratamiento formal de numerosos aspectos ortográficos, gramaticales y de presentación editorial de otras obras científicas, trabajos de investigación y tesis.



Hacha encendida
Adriano Corrales A.
Instituto Tecnológico de Costa Rica, San Carlos, 1999 (25 pp.)

Adriano Corrales (San Carlos, Costa Rica, 1958), es graduado en artes dramáticas con énfasis en dirección teatral en San Petersburgo, Rusia, y actualmente se desempeña como profesor del Instituto Tecnológico de Costa Rica en su ciudad natal. Se ha inclinado por la literatura y el interés por las culturas populares. Es fundador del grupo teatral Tamagá y editor de la revista cultural Fronteras. Ha publicado Tranvía Negro (poesía), Los ojos del antifaz (novela) y poemas en periódicos y revistas. Hacha encendida es un poemario que canta al amor que, con acento nostálgico y erótico, algunas veces parece nacer -y perderse- en el contexto de la guerra que prevaleció en Centroamérica hace unos años, y otras evoca tiempos idos que el poeta parece añorar.